

JEAN-LUC MARION, *Siendo dado.*

Ensayo para una fenomenología de la donación,

Editorial Síntesis, col. Perspectivas

Madrid, 2008, 514 pp.

(Presentación del traductor)

Javier Bassas Vila

Todo pensamiento que pretenda aportar algo a la filosofía (un concepto, otra perspectiva, un nuevo estilo de escritura) tiene que habérselas de entrada con los conceptos, las perspectivas y los modos de escritura que le preceden. Ya no cabe la menor duda de ello: la lectura de los textos que nos preceden alumbra los textos que nos esperan. Tampoco cabe la menor duda de que el trabajo de Jean-Luc Marion está, ya desde sus célebres y contundentes estudios cartesianos en 1975, determinado precisamente por el estudio y la lectura minuciosa de la historia de la filosofía. En el presente libro —publicado en francés en 1997 bajo el título *Étant donné. Essai d'une phénoménologie de la donation* y cuya edición española cuenta con un lúcido prólogo del autor, un estudio de traducción y un glosario—, el diálogo con otros pensadores es el fundamento que permite proponer legítima y rigurosamente la “donación” como la noción principal de la fenomenología.

Dividido en cinco grandes secciones, *Siendo dado. Ensayo para una fenomenología de la donación* tiene un objetivo muy claro: ¿es posible pensar el fenómeno de otro modo que no sea a partir del objeto o del ente, para comprender entonces su manifestación más propia como un movimiento de donación? Si ello es posible, si se puede efectivamente concebir una reducción de lo que aparece a lo que se da y, por tanto, una reducción del fenómeno al fenómeno dado, tal posibilidad, tal reducción sólo pueden tener lugar a través de una renovación de los principios y de las nociones funda-

mentales que han orquestado el pensamiento fenomenológico desde Husserl hasta nuestros días. En lo que sigue, intentaremos presentar muy brevemente el contenido de *Siendo dado* a partir de las renovaciones más importantes que Marion nos propone.

Notamos de entrada que la vigilancia metodológica y la ausencia de presupuestos se llevan aquí a su máximo exponente para intentar abrir el camino hacia la manifestación propia del fenómeno: “porque el conocimiento viene siempre de mí, la manifestación no va nunca de suyo. O, más bien, no va de suyo [*de soi*] que la manifestación pueda venir de sí [*de soi*], de ella misma, por ella misma, a partir de ella misma, en resumen, que se manifieste. La paradoja inicial y final de la fenomenología consiste precisamente en que toma la iniciativa para perderla” (p. 41)¹. Es fascinante observar cómo la evolución de la fenomenología, por alguna razón fundamental que tiene que ver con el devenir del pensamiento europeo —aunque ello no tiene que pensarse inmediatamente en términos ontológicos y destinales—, ha invertido sus objetivos: la búsqueda obsesiva del “en sí” (*an sich*) del fenómeno en Husserl se ha transformado, en Marion, en un intento por abrir el fenómeno a su manifestación propia, es decir, a partir “de sí” (*de soi*). Largo camino de un siglo fenomenológico que confirmaremos más adelante, del “en sí” al “de sí” del fenómeno: en... de..., sí, sí. Pero ¿qué esconden tal sustitución de preposiciones —quizás el paso de una localización (“en”) a un movimiento (“de”)?: ¿Y se trata en ambos casos del mismo “sí” —en sí, de sí?

Esta perspectiva fenomenológica implica la pérdida radical del origen del fenómeno, de un fundamento firme e indudable, por cuanto el fenómeno se manifiesta a partir de sí y no depende ya ni inmediata ni directamente de un sujeto (ni identificable ni divino, el donador se ha perdido para siempre en favor de la manifestación propia del fenómeno). Esto nos permite comprender mejor el primer principio de la fenomenología que Marion, con buen rigor y precaución, aborda en las primeras páginas de *Siendo dado*: debe encontrarse un principio fenomenológico que no imponga una condición

¹ Las páginas que indicamos corresponden a la numeración de la traducción española.

previa al fenómeno, sino que deje que el fenómeno se manifieste a partir de sí. Este primer principio es entonces un último principio, un “tomar la iniciativa para perderla” en favor del fenómeno, que Marion acaba formulando así: “A tanta reducción, tanta donación” (p.49). Demostrando la validez de este principio tanto conceptualmente como a partir de los textos husserlianos —sobre todo a partir de *La idea de la fenomenología* (1907)—, Marion estrecha así el vínculo entre la donación y la reducción, como operación metodológica fundamental de la fenomenología, y concluye que el fenómeno reducido no sería más que el fenómeno dado, es decir, que reducir el fenómeno consiste en quedarse, del fenómeno, estrictamente con lo que se da a la conciencia: “nada aparece si no es dándose en y al Yo de la conciencia, pero sólo lo que puede darse absolutamente a la conciencia consigue nada menos que el apareciente en persona” (p. 51). Dicho de otro modo: ¿acaso el vínculo entre reducción y donación no es precisamente lo que se desprende de la “correlación esencial” que articula el doble sentido de la noción misma de fenómeno: lo apareciente (el objeto)/el aparecer (lo dado a la conciencia)? O para decirlo más claramente: que en “el aparecer” del objeto en la conciencia pueda de algún modo tratarse también de “lo apareciente”, ello es una hipótesis fundamental de la fenomenología que Husserl sostiene a lo largo de su obra —véase p.59-62 y notas de *Siendo dado*— y que sólo es concebible a partir de la donación: “La correlación entre aparecer y apareciente, la definición misma de fenómeno, reposa enteramente en la donación: sólo la donación puede investir los modos de aparecer de una dignidad fenomenológica suficiente como para que asuman el rol de apariciones de un apareciente, en definitiva, para que den el objeto apareciente” (p. 60).

No podemos insistir más en ello. Apuntemos tan sólo una cuestión esencial al respecto: la fenomenología de la donación no podría sostener ese primer (último) principio si no procediera también a una depuración de la noción misma de “donación”. En efecto, si la donación tiene que ser pensada en estricta correlación con la reducción fenomenológica (“A tanta reducción, tanta donación”), es evidente que el significado mismo de “donación” tiene que articularse fenomenológica y no naturalmente. Marion lleva a cabo esta depuración fenomenológica de la donación a través, digámoslo

esquemáticamente, de cuatro puntos: el don, las determinaciones del fenómeno dado, los grados de donación y el sujeto que recibe el fenómeno en tanto que fenómeno dado (el adonado). Esos cuatro puntos constituyen respectivamente los libros II, III, IV y V de *Siendo dado*, es decir, más de cuatrocientas páginas muy claras en su contenido y al servicio no sólo de fenomenólogos: desarrollos de estilo cartesiano por sus esquematizaciones, precisión y claridad, así como una renovación importante del léxico metafísico, teológico y fenomenológico arman este libro de una consistencia (y originalidad) poco común en nuestros días. Retendremos algunos detalles de las cuestiones que nos parecen más importantes, y polémicas.

Volvamos a la idea de base en *Siendo dado*. Reducir el fenómeno a su manifestación propia (a partir de sí) implica pensarlo intrínseca, irrevocable y radicalmente en tanto que fenómeno dado y, por tanto, a partir de la donación. No se trata entonces de pensar que un fenómeno, o “algo”, aparecería y que, posteriormente, se nos daría. Pensar el fenómeno en tanto que fenómeno dado implica que su manifestación resulta, desde su misma raíz, un movimiento de donación y, por tanto, que: por una parte, en cuanto tal, sólo puede manifestarse, es decir, sólo puede manifestar el “se” de su manifestación-a-partir-de-sí como donación; por otra parte, que su manifestarse conlleva necesariamente una serie de determinaciones que lo conducen a la noción de acontecimiento. En lo que sigue, la explicación de estas determinaciones puede ayudarnos a comprender más detalladamente por qué la manifestación del fenómeno a partir de sí implica “el origen perdido”, “la falta de fundamento”, etc. —sintagmas que están asociados al fenómeno dado como “acontecimiento” y que son tan corrientes en nuestros días como faltos a menudo de contenido concreto. Las determinaciones que Marion propone del fenómeno dado son cuatro y nos ofrecen, en cada una de ellas, un contenido concreto y rigurosamente fenomenológico: la anamorfosis (§ 13), el arribo (§ 14), el hecho consumado (§ 15) y el incidente (§ 16).

La anamorfosis es una técnica pictórica que consiste en establecer un punto en el espacio a partir del cual el cuadro se manifestará al espectador de un modo particular —y sólo desde ese punto previamente establecido. Consideraremos aquí, simplemente, la reformulación que la anamorfosis

implica de la “contingencia”, en la medida en que con esta primera determinación del fenómeno dado se intenta repensar la posición del sujeto en relación con el fenómeno. Dicho en pocas palabras: si el fenómeno se da, aquél que lo recibe sólo puede recibirlo alineándose precisamente en la dirección que el fenómeno impone. El juego pictórico de la anamorfosis — como en algunos cuadros de Holbein el Joven, de Dalí o del *op’art*, entre muchos otros— figurativiza perfectamente el necesario alineamiento del “sujeto” a una perspectiva que viene impuesta desde fuera y anteriormente respecto a ese mismo sujeto. Por ello, el fenómeno que asciende a la manifestación mediante anamorfosis se da *de facto*, ya que siempre se nos impone como anterior a nuestra llegada, como un hecho consumado ya ahí. En tal caso, “el aparecer no puede pues aparecer más que *de facto*, siguiendo lo que llamaremos, conforme a Husserl, una contingencia [véase *Ideas*, I, § 2] ¿Qué indica una tal contingencia? Antes de significar el simple contrario de lo necesario, lo contingente significa lo que me toca, lo que me alcanza y, así pues, lo que me acaece” (p. 214). Marion reformula la contingencia, por una parte, a partir de la distinción entre “acaecerme”, “advenirme” e “imponérseme” y, por otra, a partir de una articulación entre el yo/mí como figuras del sujeto. El fenómeno dado asciende entonces a la visibilidad desde lo invisto —noción que indica lo todavía-no-visible y que Marion analiza en el ámbito estético en *El cruce de lo visible*—, recorriendo así la distancia irreductible desde un “allende” para, si nos alineamos en su dirección, afectarnos (*contingit*).

El arribo, segunda determinación del fenómeno dado, desarrolla más detalladamente la reformulación de la contingencia, insistiendo en el carácter intrínseco y necesario de la contingencia de todo fenómeno dado. Para ello, Marion acude aquí a ciertas posiciones históricas tomadas de Tomás de Aquino (“la contingencia del mundo creado no contradice su eternidad”) y del mismo Husserl (puesto que “la contingencia fenomenológica se integra con la donación en persona”). Subrayaremos simplemente un punto: el “arribo” indica que la llegada del fenómeno dado no es un accidente frente a lo que se supondría su sustancia o definición, sino que “esta determinación temporal determina la definición misma del fenómeno de manera irreempla-

zable, ya que el mismo fenómeno dado en otro momento, a otros interlocutores y con otras interferencias, ya no resultaría el mismo fenómeno; lo dado sólo es él mismo en el momento de su advenimiento” (p. 237). Para Marion, la singularidad temporal del fenómeno dado constituye paradójicamente su “definición”, y no un simple accidente contingente de la sustancia, mientras que, para Husserl, la investigación fenomenológica del fenómeno conduce al *eidos* del fenómeno, el cual se determina precisamente por su idealidad atemporal. Del “en sí” al “de sí”, de la idealidad atemporal a la singularidad temporal irreproducible en la manifestación del fenómeno: ¿qué límites (o plasticidad) de contenido tiene entonces el método fenomenológico, si su fundador y uno de sus herederos más actuales pueden dirigirse a objetivos prácticamente opuestos (de la ciencia rigurosa husserliana al análisis de la donación en Marion) y llegar a demostrarlos con gran rigor?

Por lo que se refiere al “hecho consumado” y al “incidente”, tercera y cuarta determinación del fenómeno dado, Marion pone en juego la noción de “facticidad” y, de nuevo, insiste sobre el fenómeno dado como un “accidente/incidente” sin sustancia previa a su advenimiento. Por una parte, respecto al hecho consumado, baste aquí con indicar que Marion cuestiona la tesis heideggeriana según la cual la facticidad sería privilegio del *Dasein*, intentando reformularla y extenderla a todos los fenómenos en tanto que fenómenos dados, es decir, fenómenos *ya siempre en* el mundo, como hechos. Por otra parte, Marion insiste en la necesaria inversión del privilegio de la sustancia en favor del accidente/incidente, lo cual nos conduce progresivamente a una crítica de la previsión, de la provisión y, finalmente, de la causalidad como el primero de los “axiomas o nociones comunes” según Descartes (§ 17, p. 273). Siguiendo la argumentación de Marion, nos resulta imposible negar que la inversión del privilegio de la causa en favor del “efecto”, además de una descripción de fenomenología estricta —pues es el efecto el que “acaece, adviene, se impone”, y no la causa (p. 276)—, es una operación metodológica que abre la interpretación de aquellos fenómenos que en muchos casos nos resultaba hasta ahora insuficiente y/o extra-fenomenológica. Pero antes de explicar con más detalle las interpretaciones estrictamente fenomenológicas que así se nos abren, insistamos en las de-

terminaciones del fenómeno dado subrayando cómo las inversiones propuestas se enmarcan para Marion en la historia de la filosofía: “Invirtiendo la jerarquía entre la causa y el efecto, hasta el punto de reenviar una a la metafísica y el otro a la fenomenología, todavía no hemos llevado la paradoja hasta su extremo. Tal y como hemos redefinido la sustancia como el accidente del accidente (§ 16), tenemos también que considerar la causa como el efecto del efecto –del efecto comprendido a partir del acontecimiento” (p. 277) Esta cita confirma claramente la pertinencia de nuestra primera frase: la inversión del privilegio de la sustancia en favor del accidente y de la causa en favor del efecto debe entenderse como una observación fenomenológica del acontecimiento *dentro* de la lectura de la historia de la filosofía o, más precisamente, como una reformulación fundada en la observación fenomenológica *dentro* de la distinción entre metafísica y fenomenología. Y aunque no se trata de salvar ingenuamente a Husserl de la etiqueta de metafísico que se le impuso, la fenomenología de la donación sí que es también, o sobre todo, ese intento por repensar la fenomenología en general como englobando a su vez la presencia metafísica a la que Derrida la habría limitado en *La voz y el fenómeno*. Como respuesta a tal limitación, se podría entonces contestar: sin sustancia previa, sin causa asignada, singular y a partir de sí, hay fenómeno, hay descripción posible, hay fenomenología.

Llegamos así, en nuestra breve presentación de *Siendo dado*, a una de las nociones que más impacto ha producido al resultar precisamente muy útil para describir mejor, y fenomenológicamente, ciertas manifestaciones históricamente excluidas o menos analizadas por el exceso de complicaciones que comportan. Partiendo de la articulación entre la mención de significación y la intuición de cumplimiento, tal y como queda propuesta por Husserl en las *Investigaciones lógicas* principalmente, Marion advierte que en esa articulación sólo se consideraron dos de los tres casos que son posibles: en efecto, Husserl analizó la relación de perfecta adecuación entre la significación y la intuición de cumplimiento, primer caso que constituye la evidencia; el segundo caso es el más corriente e implica una penuria de la intuición frente a la significación, la cual no queda entonces cumplida adecua-

damente. Puede darse, empero, un tercer caso: la intuición de cumplimiento rebasa y satura la significación. Este tercer caso es lo que Marion llama un “fenómeno saturado” (véase el libro IV, p. 296-393). Aquí, menos aún que en cualquier otro lugar, resulta imposible proponer una definición del fenómeno saturado, precisamente porque el fenómeno saturado escapa, por su demasía intuitiva, toda de-finición. Para describirlo, Marion recurre de nuevo a la historia de la filosofía: la saturación intuitiva del fenómeno saturado puede explicarse como una expansión de los límites de la fenomenicidad; la posibilidad y la fenomenicidad se articulan entonces en una nueva figura; tal nueva figura —el fenómeno saturado— rebasará los límites de aquello que se determinó en metafísica como “posible”, a saber, de entrada y según la elección de Marion, el postulado de Kant: “Es posible lo que concuerda [*übereinkommt*, lo que va al encuentro] con las condiciones formales de la experiencia (desde el punto de vista de la intuición y de los conceptos)” (A 218/B265, véase p. 301 de *Siendo dado*). Tales condiciones formales se determinan a través del poder de conocer, lo cual conduce la descripción del fenómeno saturado a una confrontación con las categorías del entendimiento: la cantidad, la cualidad, la relación y la modalidad (p. 330). La claridad y la progresión paulatina de las argumentaciones en este punto son sorprendentes, teniendo en cuenta lo resbaladizo del terreno; una progresión argumentativa avalada por varios ejemplos históricos y, como es costumbre en Marion, por una gran cantidad de referencias en las notas a pie de página (observación del traductor, entre paréntesis: en este libro, hay más notas que páginas —hazaña de erudición).

Como resulta demasiado aventurado proponer un resumen exhaustivo de las cuestiones que la descripción del fenómeno saturado requiere, concluiremos nuestra presentación con dos simples apuntes. A través de la noción de saturación intuitiva, fenómenos tales como el acontecimiento histórico (saturación según la cantidad), el ídolo (saturación según la calidad que remite a obras de Marion anteriores, más estéticas como *El cruce de lo visible* o teológicas como *El ídolo y la distancia* o *Dios sin el ser*), la carne (saturación según la relación, véase *El fenómeno erótico*) o el rostro del Otro (saturación según la modalidad, como icono ético, estético o religioso) pue-

den recibir una descripción estrictamente fenomenológica en el marco estricto de la intencionalidad, la significación y la intuición de cumplimiento². Resulta una gran apertura para la fenomenología poder abordar fenómenos —a veces tan comunes, siempre extraordinarios— que lindan con ámbitos como la estética, la ética o, muy particularmente en el caso de Marion, la teología. Y ello sin olvidar que la fenomenología, por muy plástico que sea su contenido, tiene sus límites metodológicos bien marcados: esto es fenomenología, aquello es estética o teología, y la combinación comedida y respetuosa de los límites de tales disciplinas es siempre fecunda para el pensamiento. *Siendo dado* es prueba de ello.

En definitiva, el alcance descriptivo e interpretativo de la noción de “fenómeno saturado” es inconmensurable para quien sepa utilizarla con el rigor que todo pensamiento requiere —en el ámbito filosófico, fenomenológico, lingüístico, estético, etc. Con esta nueva noción, anotémoslo para concluir a modo de ejemplo, se reconfigura nada menos que la polémica relación entre metafísica y fenomenología. En efecto, la noción de “fenómeno saturado” permite comprender la imposibilidad metafísica como una posibilidad fenomenológica: si el fenómeno saturado se fenomenaliza como una imposibilidad metafísica —puesto que invierte las cuatro categorías del entendimiento ya citadas que determinan la definición de “posibilidad” propuesta por Kant—, entonces la imposibilidad metafísica se está fenomenalizando y describiendo rigurosamente. Ello implica que metafísica y fenomenología establecen una nueva relación por cuanto ya no se excluyen simplemente, sino que ésta engloba a aquélla. O como decía Marion en las primeras páginas de *Siendo dado*: “Habría que admitir que la fenomenología

² Me permito notar aquí el buen ritmo de traducciones en castellano que varias editoriales están manteniendo actualmente, a pesar de todo, y por muchos años. La obra de Jean-Luc Marion, entre muchas otras (Heidegger, Derrida, Nancy o M. Henry), se ha beneficiado especialmente de tales esfuerzos: *Prolegómenos a la caridad*, Caparrós ed., 1992; *El ídolo y la distancia*, ed. Sígueme, 1997; *El cruce de lo visible*, Ellago ediciones, 2006; *El fenómeno erótico*, ed. Literales/Cuenca de Plata, 2006; *Siendo dado*, ed. Síntesis, 2008; *Sobre la ontología gris de Descartes*, Escolar y Mayo ed., 2008; y *Dios sin el ser*, Ellago ediciones, 2009.

no rebasa tanto la metafísica, sino que abre la posibilidad de derecho de abandonarla a sí misma; la frontera entre metafísica y fenomenología se desplaza hacia el interior de la fenomenología —como su más alta posibilidad” (p. 34). El fenómeno saturado es, en nuestra lectura, pieza clave de ese desplazamiento.

Acceder a las *res quae non videntur* o, más precisamente, a la fenomenalización del acontecimiento, su falta de fundamento y su fuerza; intentar describir lo que no se puede conocer perfectamente porque, viniendo de allende, singular y ya consumado, rechaza toda esencia reproducible; comprender cómo la imposibilidad (metafísica) tiene sus límites, se fenomenaliza y puede rebasarse: ¿quién se atrevería a todo ello, si no fuera alguien responsable de cierto sentido profundo de la humanidad, el fenomenólogo, consagrado a un conocimiento riguroso e infinito, a saber, la fenomenología?